

Milenaristas contra el Papado:

Cruzada y revolución

Juan Aranzadi

«**E**L habló así: La cuarta bestia será un cuarto reino que habrá en la tierra, diferente de todos los reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la pulverizará. Y los diez cuernos: de este reino saldrán diez reyes, y otro saldrá después de ellos; será diferente de los primeros y derribará a tres reyes; proferirá palabras contra el Altísimo y pondrá a prueba a los santos del Altísimo. Tratará de cambiar los tiempos y la ley, y los santos serán entregados en sus manos por un tiempo y por tiempos y por medio tiempo. Pero tendrá lugar el juicio, y el imperio se le quitará, para ser destruido y aniquilado totalmente. Y el reino y el imperio y la grandeza de los reinos bajo los cielos todos serán dados al pueblo de los santos del Altísimo. Reino eterno es su reino, y todos los imperios le servirán y le obedecerán» (Daniel, 7, 23-28).

EN pocos países tendrán tanta significación y despertarán tantas pasiones las palabras Cruzada y Revolución como en España. En su nombre, bajo su bandera, se abrió una herida en nuestra tierra que costosa y difícilmente cicatriza. Más allá del conflicto político, más allá de la lucha de clases, quizá fue aquella la última ocasión en que Occidente asistió a la milenaria batalla entre el Orden y la Subversión, entre la Oposición y la Igualdad, entre el Viejo Mundo y el Nuevo. La indudable atracción que la guerra civil española produjo y produce por doquier deriva sin duda de su **dimensión mítica**: dos Mitos, la Cruzada y la Revolución, en nombre de los cuales los occidentales habían desplegado sus mejores y enemigas energías, se enfrentaban por última vez.

Y, sin embargo, lo que el siglo XX veía como antagónico, esos dos mitos de tan irreconciliable y opuesta significa-

ción para la modernidad, estuvieron hermanados en sus orígenes y vivieron durante un corto período un intenso idilio: las multitudes, que siguieron el llamamiento de Urbano II a las Cruzadas, lo hicieron movidas por un anhelo —el del Milenio— del que deriva en línea recta la aspiración a la Revolución.

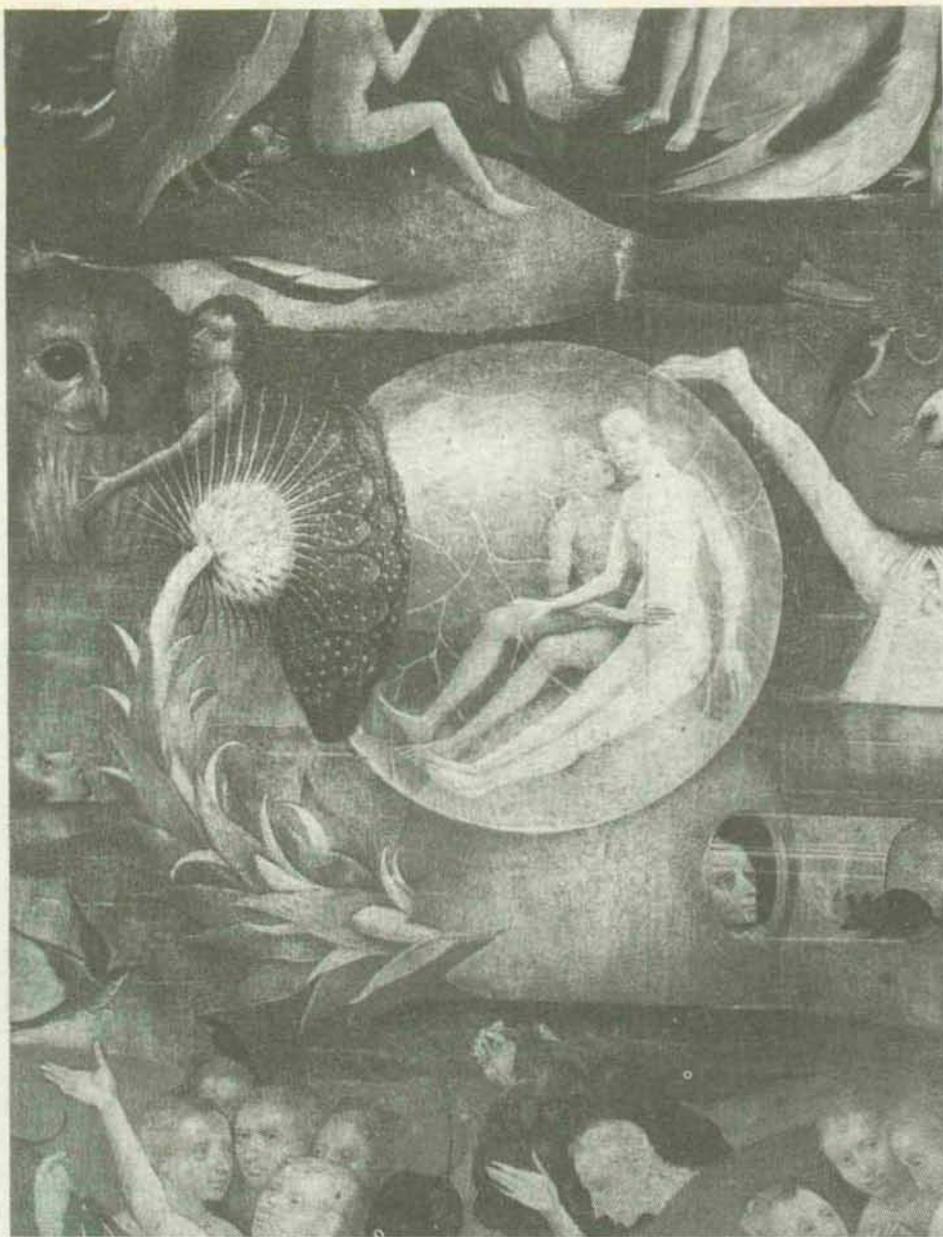
Esta paradoja de encontrar bajo una empresa «reaccionaria» una motivación «revolucionaria», esta sorpresa de descubrir unido en el origen lo que la historia separará y la modernidad presentará como contrarios, es la misma que produce contemplar el nacimiento de la institución represiva por excelencia, la Iglesia Romana, a partir del revolucionario mesianismo judeo-cristiano.

Uno de los mayores «traumas colectivos» de nuestra época es el fracaso, degeneración, o como quiera llamársele, de la Revolución: la frustración provocada por el Gulag sovié-

tico ha sido seguida por el desengaño del espejismo chino y el escándalo de la actual guerra indochina (¿dónde ha terminado aquel mítico Vietnam, objeto de tantas esperanzas!). **Lo más sorprendente es que tal metamorfosis** de la Revolución en Reacción, de la Promesa del Paraíso en Infierno, **sorprenda**. Pues si alguna constante puede encontrarse en los veinte siglos de Historia Occidental es ésta. Hay que ser cínico o sádico, amnésico o estúpido, para continuar promocionando salvaciones y revoluciones.

En un artículo anterior, publicado en esta misma revista (1), fuimos recorriendo con todo detalle el complejo y tortuoso proceso que hizo desembocar el milenarismo judeo-cristiano en la organización de la Iglesia. El interés de tal proceso deriva de su **ejemplaridad**: en él pueden observarse todas las deformaciones

(1) TIEMPO DE HISTORIA núm. 50: «Los Papas contra el Milenio».



«Fe milenarista en una Tierra palingenésicamente transformada por medios sobrenaturales».

y mixtificaciones ideológicas, todos los subterfugios, chantajes y maniobras prácticos, todos los recursos institucionales y organizativos; en resumen, todos los procedimientos que, consciente o inconscientemente, ha seguido después el inevitable vampirismo institucional de los movimientos revolucionarios.

Si ejemplar es la historia de su formación, más aún lo es la de su perduración. No puede haber mejor escuela para cualquier Poder que aspire a perpetuarse: no en balde la Iglesia Romana ha sido la más importante estructura de poder

existente en Occidente durante por lo menos diez siglos. Es mucha la sabiduría acumulada.

El común origen de Cruzada y Revolución no es la mayor sorpresa ni la más importante enseñanza que depara la historia de la Iglesia y sus enfrentamientos cada vez más duros a la resurrección del milenarismo de que nace, una historia pródiga en lecciones.

Léasela como paradigmática muestra de la conflictiva armonía entre el espíritu de orden y el de subversión, entre la aspiración revolucionaria y su traicionada plasmación insti-

tucional. La claridad de los hechos es tal y su analogía con acontecimientos más recientes tanta, que exime con frecuencia de todo comentario.

LA IGLESIA MEDIEVAL

La caída del Imperio Romano de Occidente divide en dos la historia de la Iglesia y determina su destino. Antes de ella asistimos a una evolución que desde la **primitiva comunidad** (expectante de la inminente Segunda Venida de Cristo) y a través de la «**Iglesia-Cuerpo Místico**» paulina (que «desterrrenaliza» la Salvación) conduce a la **Iglesia-Institución**, basada en el episcopado monárquico y el predominio igualitario de los cuatro patriarcados (Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Roma). Renuncia a la implantación del Reino de Dios en la Tierra, sumisión al poder temporal cuya legitimidad se reconoce, aspiración a que dicho poder reconozca su independencia y dominio espiritual, reconocimiento oficial por el Estado y sometimiento a sus intereses: tales son las fases por las que pasan las relaciones entre la Iglesia y el Imperio Romano. Como resultado, el predominio del Emperador sobre la Iglesia, su consideración como vicario de Dios en la tierra y monarca carismático, el **cesaropapismo**, fue la práctica corriente en el Imperio Romano cristianizado (y la teoría defendida por algunos Padres de la Iglesia frente a otros que reclamaban su independencia del monarca), que se prolongará en la Iglesia bizantina antes y después del definitivo cisma de Miguel Cerulario.

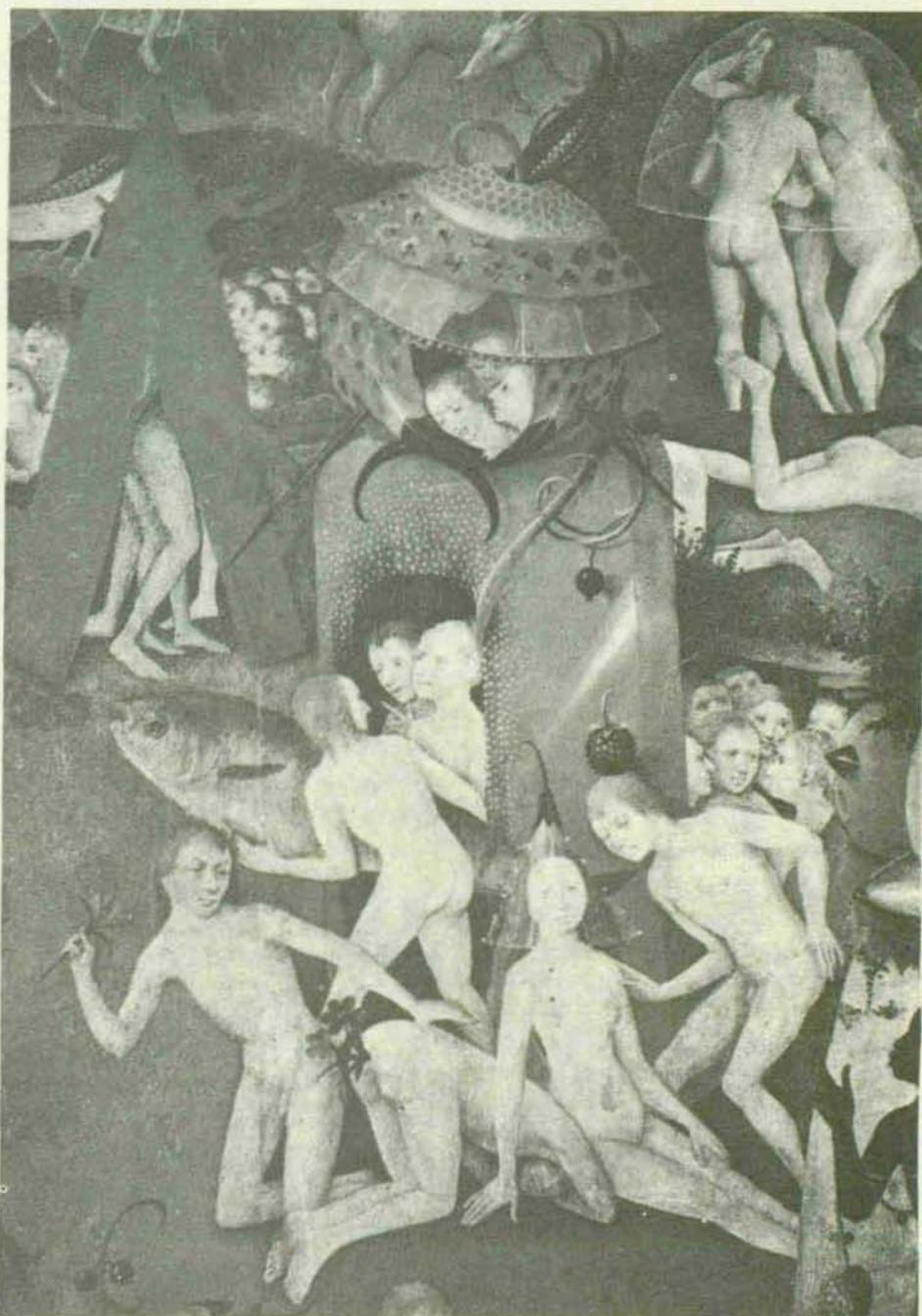
Pero la conquista bárbara, la caída del Imperio occidental, provocó en la Iglesia que Roma presidía una situación nueva que afrontó buscando

inspiración en las obras de San Agustín.

La espiritualización paulina del Cristianismo supuso el primer freno al milenarismo primitivo, pero no su completa supresión: la sumisión al poder temporal (Roma), iba acompañada de la convicción en su final desaparición como señal del comienzo del Milenio. Así lo pensaron San Pablo, Tertuliano, Lactancio y tantos otros; así interpretaron gran parte de los fieles la caída del Imperio. Es entonces, bajo los efectos de esa conmoción, cuando San Agustín escribe «La Ciudad de Dios» y asesta con ella el golpe definitivo al milenarismo cristiano, al identificar el milenarismo Reino de Cristo con la Iglesia. Pero además, al tender con frecuencia a confundir con ésta la mística y espiritual «Ciudad de Dios», cuya perenne lucha con la «Ciudad del Diablo» constituye el trasfondo de la Historia toda, San Agustín hace algo de mucha mayor trascendencia que completa la metamorfosis del Milenio en Iglesia: fundamenta la aspiración de la Iglesia al dominio terrenal, su deseo de supremacía sobre el poder temporal. El Cristianismo recupera la «terrenalidad», la «mundanidad» perdida con San Pablo, pero la recupera no en la versión igualitaria y palingenésica de sus orígenes, sino en la versión autoritaria y jerárquica de una Iglesia convertida en perfecta reproducción del mundo contra el que el Milenio se levantaba. Trágica caricatura: «el Milenio es el Imperio». Se halla aquí ya implícita toda la andadura histórica que, a lo largo de los siglos, convertirá el Reino de Cristo en Dominio del Papa. Las condiciones para esta trasposición de la idea de Roma a la esfera eclesiástica no podían ser mejores: en el caos social creado por las in-

vasiones, la Iglesia era la única institución que suponía un principio de unidad social y política y de disciplina moral. La **reconstrucción del orden** debía, inevitablemente, hacerse sobre la base de su autoridad. Y en efecto, la teoría del Sacro Romano Imperio se basó en «La Ciudad de Dios». Indudablemente, la realidad no obedece dócilmente a la teoría y la Iglesia debió, a su vez, adaptarse a la nueva situación, pugnando por imponerle su teoría. Una teoría que

queda prácticamente reducida al predominio institucional eclesiástico, pues, lejos del foco de su evolución dogmática (Oriente) y adaptado a una masa ignorante y semi-pagana (sólo superficialmente cristianizada), el cristianismo occidental se redujo a la superposición de un Credo incomprendido sobre un sincretismo que reinstala el antiguo politeísmo (en forma de culto a los santos y las imágenes) y la magia (confianza en los ritos y reliquias). La liturgia, el



«Situados más allá del bien y del mal, estos anarquistas místicos se entregaban al libertinaje y la promiscuidad».

tráfico de sacramentos y la disciplina eclesiástica se convierten en toda la religión.

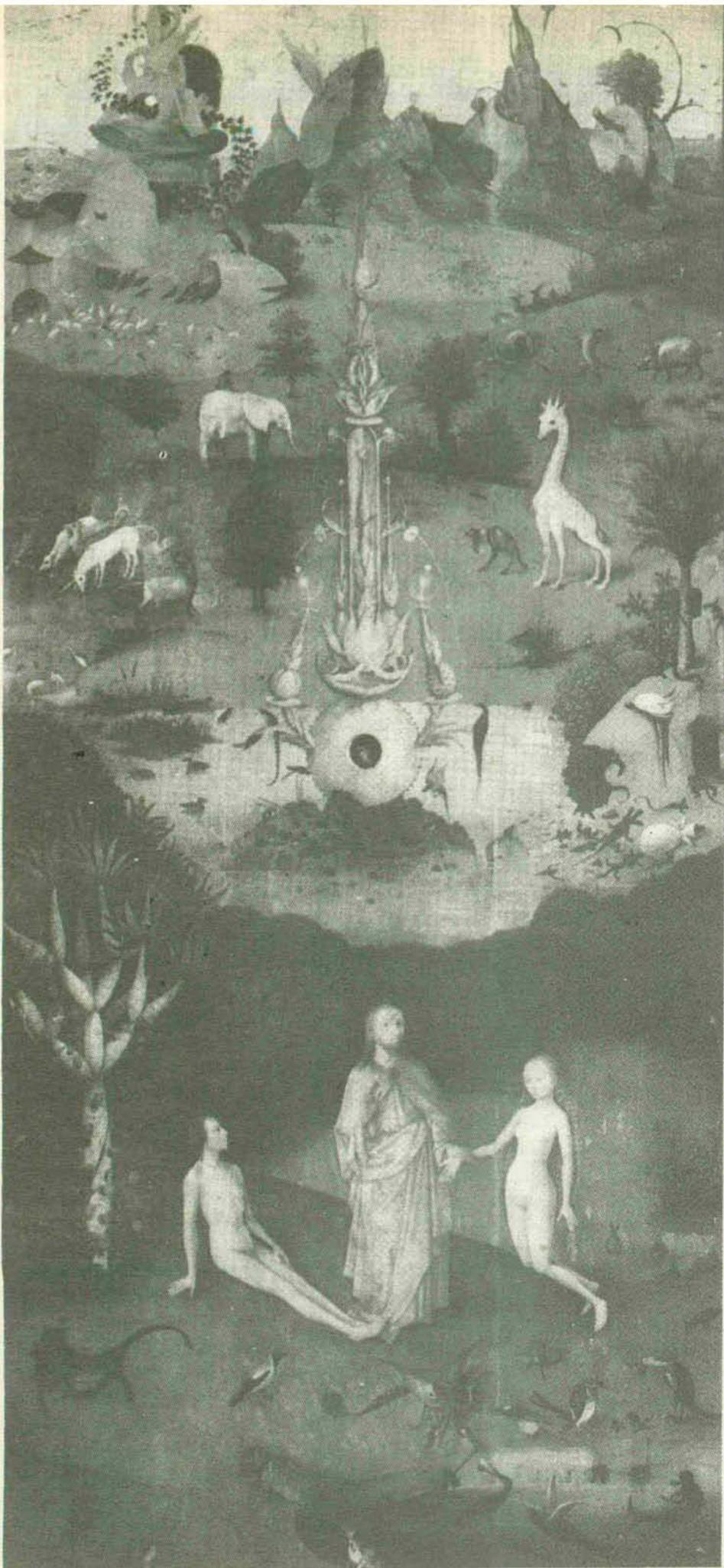
La historia de esta nueva Iglesia, de la Iglesia Romana, se va a estructurar sobre dos vectores: la lucha por su **supremacía espiritual** sobre toda la cristiandad (al servicio de la cual se elabora la leyenda del Papado) y la lucha por la conformación, ampliación y consolidación, de su **poder temporal**. Su injustificable aspiración a la primacía debía, necesariamente, llevarle al conflicto y el cisma con la Iglesia oriental; bajo las disputas religiosas con Constantinopla se descubre, además, el intento de emanciparse de la tutela imperial. Desde la Pragmática Sanción (554), que concede al Papa participación en el gobierno de las Provincias Imperiales, hasta el nacimiento del Estado de la Iglesia con la «donatio Pipini» (que confirmaría una inexistente y falsificada «donatio Constantini»), el Papado no persigue sino su poder temporal. Pero ello le obliga a caer bajo la dependencia de otros poderes: los francos primero, la nobleza romana más tarde, el Emperador finalmente. Al coronar a Carlomagno, la Iglesia ligó su destino al del Imperio: la disgregación de éste, en los siglos IX y X, fue contemporánea de la mayor crisis histórica del Papado (el Solio Pontificio quedó a merced de las criminales y femeninas intrigas de las nobles romanas) y de la postración del clero, en la ignorancia y el desorden moral.

Como reacción, el siglo XI va a asistir a un fenómeno característico que la Historia posterior prodigará: la capacidad del Papado de fortalecerse, «integrando» y desvirtuando los movimientos de reforma; el universalismo eclesial de los reformadores cluniacenses, el moralismo monacal, va

a ser la palanca utilizada por el Papa para desprenderse del sometimiento al Emperador, que había salvado al Papado del marasmo italiano para ponerlo bajo su dominio. El largo conflicto de las Investiduras, la lucha contra el nepotismo y la simonía, el prestigio que al Pontificado conceden las Cruzadas, desembocan en los siglos XII-XIII en una **Edad de Oro para el Papado**, en la cumplida realización de sus sueños de supremacía terrenal. Varias cosas deben destacarse de este período. En primer lugar, la correspondencia entre consolidación de la Institución (la Iglesia) y **burocratización** —«clericalización»— de la organización: lo que antes era comunidad de los fieles se identifica ahora con el clero (la Iglesia se reduce al clero); un **clero** totalmente **jerarquizado** (desde el Papa, que pasa de ser «representante de Pedro» a ser «representante de Cristo», hasta el último cura, pasando por los obispos, arzobispos y esa nueva institución, la Curia de cardenales, a la que queda pronto reservada la elección del Papa), **centralizado y disciplinado** (tal es la ventaja del clero regular sobre el secular y tal el sentido de la obligatoriedad del celibato sacerdotal impuesto por Gregorio VII). Esta transformación tuvo su efecto en la «integración» de la Reforma franciscana, pensada inicialmente por el fundador para toda la cristiandad (como retorno colectivo a la pobreza primitiva) y desviada por la Curia hacia la formación de una orden de elegidos. Sin embargo, en este caso, la perduración de una facción radical, los «espirituales», que acabarán haciéndose eco de diversas herejías y serán condenados por la Iglesia, pone de manifiesto dos rasgos permanentes de los movimientos reformadores: la

Iglesia los integra, pero al desvirtuarlos para hacerlo, da pie al surgimiento de derivaciones heréticas (en otros casos, como los valdenses, la herejía no tiene conexión directa con la ortodoxia reformadora, pero nace en el mismo caldo de cultivo: la valoración de la pobreza); el rasgo que discrimina como heréticos a ciertos movimientos inicialmente muy similares a otros ortodoxos, es su puesta en cuestión de la estructura eclesial. No es exagerado decir que, en última instancia, **el único criterio de ortodoxia de la Iglesia Romana es la preservación de su existencia** (toda institución posee una lógica interna pródiga en consecuencias ideológicas). Como contrapartida, no deja de resultar curioso que lo que inicialmente fue importante factor de consolidación papal, las Cruzadas, se convirtiera a la larga en foco del renaciente milenarismo anti-eclesial.

El Papado entrará en crisis en el siglo XIV («Cautiverio de Avignon», Cisma de Occidente), una crisis que, como la del Imperio, no es sino manifestación de la crisis general del feudalismo. Son muchos los conflictos que la Iglesia debe afrontar: a la perduración de sus periódicas pugnas con el Imperio, se añaden ahora los conflictos con los nacientes Estados nacionales (causa última del Cisma), su propia desunión interna y los problemas que plantea la deseada Reforma (nacional en unos casos, universal en otros). Sorprende ver al Papado resurgir de esta crisis que amenazó seriamente su existencia y es extraordinariamente ilustrativo cómo consigue desviar a su favor el potente movimiento reformador de los Concilios de Constanza y Basilea e incluso recuperar el terreno perdido en la crisis husita. Pero lo más interesante quizá es su disfruta-



«Culto a Adán y a un mítico estado paradisiaco primitivo».

zada perduración en la Reforma institucionalizada y sobre todo cómo los múltiples conflictos Iglesia-Imperio-Estados nacionales-Reforma se diluyen y pasan a segundo plano cuando a todos ellos amenaza el fantasma del Milenio.

A través de todas estas vicisitudes (que hacen variar la relación de fuerzas directamente políticas entre la Iglesia y los poderes seculares) permanece incólume y hasta se fortalece su **poder espiritual** (como fundamentación incluso de los poderes que eventualmente la combaten; en sus manos está el monopolio de la instrucción y el control de las conciencias; a la religión que ella administra remite como justificación la totalidad del orden socio-económico feudal), convirtiéndose además sabiamente éste en origen de un impresionante **poderío económico**: la Iglesia hizo **pagar** muy caro (en el sentido más literal de la palabra: en feudos, riquezas y privilegios) a los príncipes seculares sus veleidades de independencia y organizó unas saneadas finanzas en base a los diezmos exigidos a los fieles y el comercio de sacramentos, reliquias e indulgencias. Como consecuencia, la Iglesia (los obispos y abades) se convirtió en el mayor **señor feudal** de la Edad Media y en **pilar ideológico** de todo el sistema social. De ahí que toda subversión social llevara inevitablemente aparejada una crítica religiosa y que toda disidencia religiosa llevara implícitas consecuencias sociales revolucionarias. En la Edad Media, **herejía religiosa** e **ideología revolucionaria** son casi equivalentes: nada más ilustrativo a este respecto que la final desembocadura en el caudal milenarista de herejías cuya disidencia inicial con la Iglesia se reduce a cuestiones

morales (la pobreza), dogmáticas o disciplinares.

MOVIMIENTOS MILENARISTAS

Norman Cohn (2) ha seguido en detalle la evolución de los diversos movimientos milenaristas medievales. Los primeros Mesías (desde el «Mesías del siglo VI» cuyas andanzas narra San Gregorio de Tours, hasta el «Cristo bretón», Eudes de l'Etoil, o Tancjelmo de Amberes, ambos del siglo XII) son preparados y cedidos por la oleada de **predicadores laicos de la pobreza** que se inicia en el siglo VI y surgen de alguno de estos nuevos profetas que se consideran encarnación del Espíritu Santo, Mesías elegido para castigar a la Iglesia pervertida por la lujuria y la riqueza y restaurar la tradición de la primitiva comunidad cristiana. El desarrollo del movimiento sigue siempre, con ligeras variantes, las mismas pautas: organización de una comunidad igualitaria y teocrática dictatorialmente presidida por el Mesías y sus «apóstoles», formación de una banda armada que consigue algunos éxitos iniciales, controla una pequeña zona y se entrega al bandolerismo, y final represión del movimiento (el Mesías es quemado en la hoguera y la fe en su posterior resurrección agrupa nuevamente a los fieles dispersos). Esta exaltación mesiánica sube de tono con las **Cruzadas**, auténtico caldo de cultivo del milenarismo medieval. Como dice Cohn, «cuando el Papa Urbano II convocó a los caballeros de la cristiandad a la Cruzada, liberó en las masas esperanzas y odios que se expresarían en términos muy distintos a los fines de la política papal». Las legiones de **«pauperes» reunidas e impul-**



«... Un clero totalmente jerarquizado (desde el Papa, que pasa de ser representante de Pedro a ser representante de Cristo, hasta el último cura, pasando por los obispos, arzobispos, y esa nueva institución: la Curia de cardenales, a la que queda pronto reservada la elección del Papa), centralizado y disciplinado».

sadas por la predicación de Pedro el Ermitaño hicieron pronto suya la causa de las Cruzadas y la tiñeron fuertemente con su ideología: en lo que para ellos era la conquista de la «Jerusalén celestial» predicha en el Apocalipsis, se asignaron a sí mismos, a los pobres, el papel protagonista y elevaron a su legendario rey mendigo, el Rey-Tafur, por encima de los príncipes y reyes. Inicialmente vieron como enemigo exclusivo para la conquista del Reino a los infieles y su odio se polarizó contra los más próximos: los **judíos**. (Los primeros progroms anti-semitas de la historia fueron producto de las Cruzadas e impulsados por los pobres con oposición de obispos y poderosos). Pero a medida que se hacía patente la «secularización» de las Cruzadas, su sometimiento a intereses políticos y comerciales, las **«Cruzadas populares»** crecientemente autónomas de las oficiales hicieron extensivo el odio y la lucha contra los judíos al clero y a los ricos. Desde la primera cruzada popular de Fulk de Neully (1198)

hasta las violentas, prolongadas y repetidas «Cruzadas de los Pastores» del siglo XIII y XIV, se opera un proceso de radicalización y fortalecimiento; ya no esperan a llegar a Jerusalén para conseguir el Reino, sino que lo implantan directamente, liquidando a cuantos judíos, curas y ricos se oponen a ello. La más brutal represión es siempre su compartido destino.

También son las Cruzadas la fuente de inspiración del **mesianismo nacionalista** que, primero en Flandes y después en Alemania, ve en la resurrección de Balduino IX y de Federico Barbarroja la encarnación del Emperador de los Últimos Días que había de liberar su país de la dominación francesa (Flandes) o restaurarlo en su antigua grandeza (Alemania). También a la dinastía francesa de los Capeto, especialmente a San Luis, le fue aplicada esta leyenda. También Italia registra movimientos milenaristas como la sublevación campesina de Fra Dolcino (1304) o la toma de Roma por Cola di Rienzo (1347), pero el centro de la agitación milenarista es Flandes y el Norte de Francia hasta el siglo XIV y Alemania y Bohemia desde entonces. Es en los siglos XIV-XVI cuando tienen lugar los movimientos milenaristas más importantes e interesantes: la revolución campesina inglesa (1381), la revolución husita (1419), la guerra campesina alemana (1525) y el movimiento anabaptista de Münster (1534).

IDEOLOGIA MILENARISTA

Lo primero que llama la atención al analizar la evolución ideológica del milenarismo es la presencia en su seno de la práctica totalidad de las ideologías subversivas modernas «in nuce»: Joaquín de Fiore y

(2) Norman Cohn: «En pos del Milenio», Barral editores, Barcelona, 1971.

Tomás Munzer anuncian el núcleo mítico del marxismo, la herejía del «Libre Espiritu» prelude a Bakunin, Stirner y Nietzsche, el «Libro de los cien capítulos» elabora lo sustancial del nazismo, etc.

El milenarismo medieval se nutre en proporciones variables de las dos corrientes heréticas en lucha equidistante con las cuales se elaboró la ortodoxia cristiana: el mesianismo judío y el gnosticismo helenístico. Esta última corriente se prolonga en los maniqueos, perdura en los paulicianos de Asia Menor, se expande por Europa oriental con los bogomilos, penetra en Occidente y adquiere fuerte arraigo en Francia meridional con los cátaros en los siglos XII y XIII. Ciertamente los movimientos maniqueos y neomaniqueos como los cátaros no son milenaristas, pero sus doctrinas se funden fácilmente con la corriente mesiánica a partir de un punto común: la **negación radical del mundo existente**. Tal negación opera con frecuencia como fácil puente entre la mística y la revolución (las dos amenazas heréticas de la Iglesia y de toda institución, síntomas ambas del «exceso de religión»); así ocurrió en la Edad Media con el movimiento de los flagelantes y con la herejía del Libre Espiritu. Pero el tronco fundamental del milenarismo medieval lo constituye lo que en el canon cristiano perdura del mesianismo judeo-cristiano primitivo, especialmente el «Libro de Daniel» y el «Apocalipsis». En esos libros leen los cristianos medievales el anuncio del inevitable final de las potencias terrenales, la profecía del inminente retorno de Cristo glorioso, su triunfal lucha contra el Anticristo y sus huestes y el consiguiente establecimiento en la Tierra del milenarismo Reino de Dios que cas-

tigará a los ricos y opresores y «exaltará a los humildes» compensándoles por sus anteriores sufrimientos. A esta fuente de inspiración se añaden los «Oráculos sibilinos» (especialmente la «Tiburtina» y el «PseudoMetodio») en los que se elabora el mito del **Emperador de los Últimos Días** como instaurador del Milenio, mito que tanta influencia tendrá en toda la Edad Media, fusionándose con el Cristo apocalíptico en la figura del **Cristo guerrero**. Ambas tradiciones coinciden en la importancia concedida a la figura del **Anticristo**, prontamente identificada con Satanás, y cuya encarnación en este mundo va a ser vista a la luz del otro componente básico del milenarismo medieval, que constituye la base tanto de los movimientos reformadores como de las más diversas herejías: el **culto a la pobreza**. La escatología medieval se centra en el problema de la supresión de las huestes del Anticristo que impiden la llegada del Milenio. Las primeras víctimas de tal identificación fueron los judíos. Este **antisemitismo milenarista** aclara muchas cosas sobre el «antisemitismo proletario» de la Rusia stalinista: en la Europa medieval como en la Rusia moderna lo que «pau-peres» y proletarios no perdonan a los judíos es su exclusivismo, su presunción de ser los únicos destinatarios del favor divino, el orgullo que les priva a ellos de su condición de sujetos de la redención universal.

El **clero** no tardará mucho en incorporarse a esta demonología popular, siguiendo una lógica que los maoístas presentarán como el «gran descubrimiento científico» de la Revolución Cultural: siendo el objetivo del Anticristo impedir por todos los medios la consumación del Reino de

Dios, ¿qué mejor procedimiento que ocultarse bajo el manto y la tiara papal para reprimir a los santos con la autoridad de la Iglesia? (algo parecido a la infiltración de la burguesía en el Partido para restaurar el capitalismo). La distancia entre el mensaje cristiano y la corrompida realidad de la Iglesia se presentaba como la mejor prueba de que la Iglesia de Roma era la Iglesia de Satanás, la Babilonia del Apocalipsis.

Finalmente, la exaltación de la pobreza evangélica y la propia vivencia de la brutal desigualdad social había de conducir inevitablemente a la inclusión de **los ricos** (fueran nobles, burgueses, obispos o abades) entre las huestes del Anticristo: la sentencia evangélica que consideraba más difícil la entrada de un rico en el Reino de Dios que el paso de un camello por el agujero de una aguja, se interpretó como exhortación a la exterminación de los ricos en tanto que condición indispensable para la instauración del Milenio.

Al tomar como ejemplo a restablecer la primitiva comunidad cristiana, el mesianismo medieval se representó el Milenio como **igualitario** y **comunista**: su anticlericalismo no es sino el nombre medieval del antiburocratismo moderno, el rechazo de toda casta administradora de la colectiva salvación; su culto a la pobreza se prolongaba a través del rechazo al poder temporal de la Iglesia y su posesión de bienes terrenales, hasta la condena de toda propiedad. En sus versiones más radicales y consecuentes, la fe milenarista en una Tierra palingenésicamente transformada por medios sobrenaturales se plasmó en **abolición del trabajo** (algo muy parecido al paraíso comunista posibilitado por el desarrollo sin trabas de las fuerzas produc-



«Lo que más sorprende es que, tal metamorfosis de la Revolución en Reacción, de la Promesa del Paraíso en Infierno, sorprenda».

tivas). El anarquismo y el comunismo modernos no han aportado sino sutileza al milenarismo medieval.

Joaquín de Fiore (1145-1202) aportó a esta doctrina escatológica una **teoría de la historia**, cuya inspiración fundamental perdurará en el idealismo alemán (en Schelling, Fichte y Hegel), en la concepción de Comte (la historia humana, ascendiendo desde la fase teológica a la fase científica, a través de la fase metafísica), en el marxismo (comunismo primitivo - sociedad de clases - comunismo científico) y en el «Tercer Reich» que había de durar mil años. El místico calabrés utilizó el método alegórico de lectura de la Biblia, empleado hasta entonces con fines exclusivamente dogmáticos y morales, para la interpretación de la historia y su pronóstico: aplicando a ésta el dogma de la Trinidad, la dividió en tres edades, definidas cada una de ellas por el Testamento bíblico y la Persona trinitaria que le corresponden. La Edad de la Ley depende del Antiguo Testamento y del Padre; la Edad de la Gracia, del Nuevo Testamento y del Hijo; la Edad de la Salvación, del Evangelio Eterno (clara comprensión del simbolismo de los dos Testamentos) y del Espíritu. Esta última coincide con el advenimiento del Milenio y supone la abolición de las instituciones propias de la anterior (la Iglesia y el clero) y la instauración del sacerdocio universal, la pobreza y la comunidad de bienes.

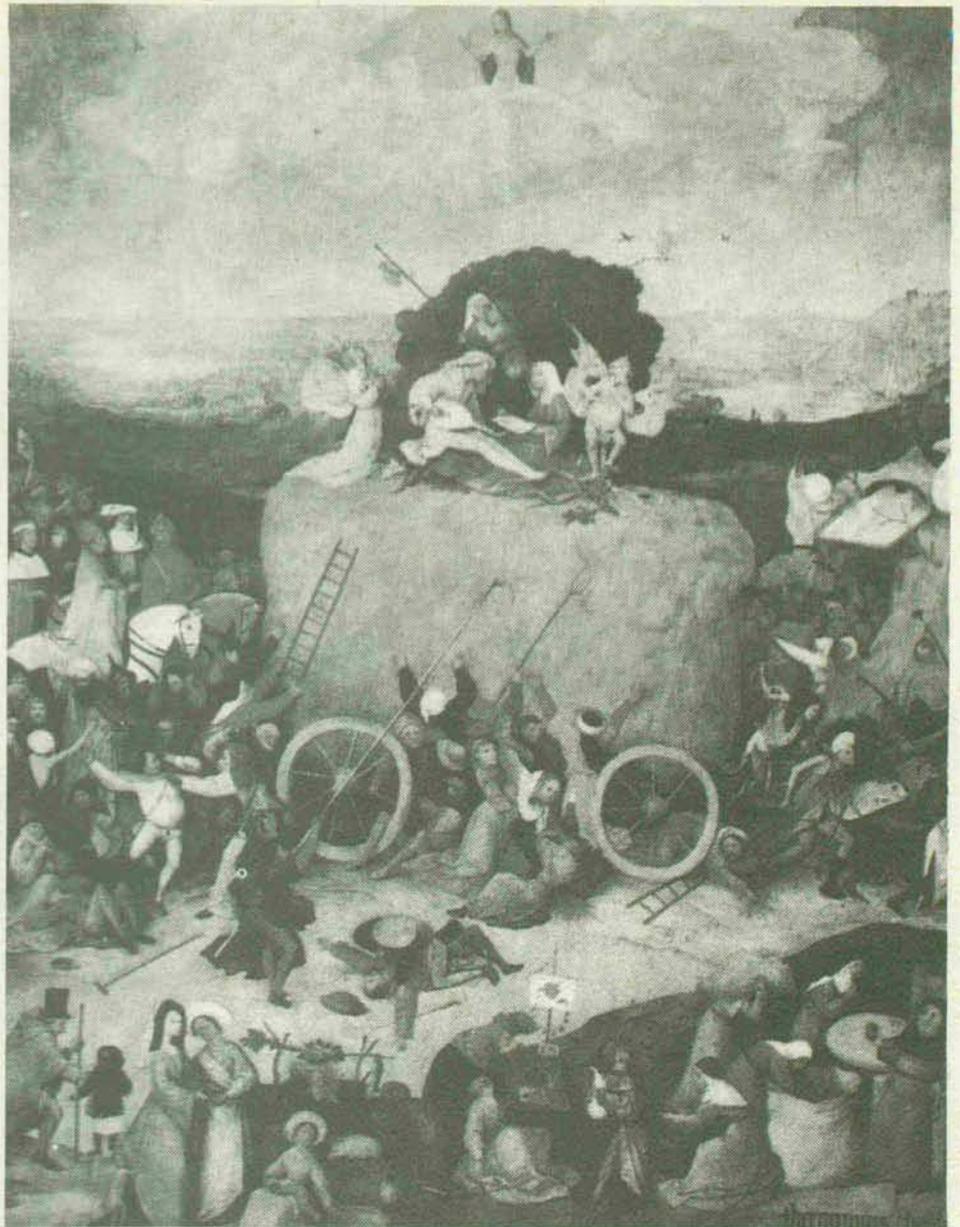
Las teorías joaquinistas serían difundidas en Europa por el sector de la orden franciscana que se negó a hacer concesiones al Papado, pero quienes harían de ellas un interesante desarrollo inédito fueron los Hermanos del Espíritu Libre. Heraldos de la nueva era, se consideraban encarnaciones

del Espíritu Santo; apoyándose en la mística neoplatónica, consideraban, sin embargo, que el éxtasis místico no era algo momentáneo que se perdía, sino que se conservaba, haciendo entrar al iniciado en un proceso de **auto-deificación** conducente a un estado en el que toda norma moral dejaba de tener validez; situados «más allá del bien y del mal», estos anarquistas místicos se entregaban al libertinaje y la promiscuidad como muestra de su superación de toda moral, consideraban que el sufrimiento humano proviene de la conciencia y que paraíso e infierno no son sino estados del hombre en la Tierra.

Su aspiración al establecimiento universal de la Era del Espíritu les hizo incorporarse a la corriente milenarista, a la que impregnaron de un radical anarco-comunismo. En su culto a Adán y a un mítico estado paradisíaco primitivo en el que bienes y mujeres eran comunes, no existía el mal ni la autoridad y los hombres vivían felices y desnudos (estado cuyo retorno identificaban con el Milenio), apunta ya lo que constituirá un nuevo y poderoso ingrediente del milenarismo a partir del siglo-XIV: el mito del «**Estado Natural Igualitario**».

Al considerar que el Estado y la propiedad privada son resultado del pecado humano y no propios de su naturaleza original (pensamiento recogido por la Patrística de diversas fuentes antiguas, pero del que no se habían sacado consecuencias para el futuro), los milenaristas consideran su abolición como indisociable de la instauración del Reino de Dios.

La voz de John Ball proclama en la revolución inglesa de los campesinos (1381): «Cuando Adán cavaba y Eva hilaba, ¿quién era caballero?»



«En esos libros leen los cristianos medievales el anuncio del inevitable final de las potencias terrenales; la profecía del inminente retorno del Cristo glorioso».

Diversamente mezclados, con predominio de uno u otro aspecto, estos son los ingredientes del pensamiento de los taboritas, de Tomás Munzer y de los anabaptistas, éste es el trasfondo ideológico de los sectores radicales de las Reformas checa y alemana. Por debajo de las querellas teológicas motivadas por las teorías de Wycliff, Hus y Lutero (cuyas implicaciones, en el caso de Hus sobre todo, las aproximen en ocasiones a ciertos componentes del milenarismo: los que se refieren a la crítica contra la Iglesia), es éste el cuerpo de doctrina que inspiró a los más decidi-

dos combatientes contra la Iglesia y el orden feudal.

SOCIOLOGIA

Indudablemente, los movimientos milenaristas no constituyen la única manifestación de subversión social en la Edad Media. M. Mollat y Ph. Wolff (3) nos ofrecen una exhaustiva muestra de los múltiples y variados conflictos sociales que sacuden el orden feudal a partir del siglo XII:

(3) M. Mollat y Ph. Wolff: «*Uñas azules, Jacques y Ciompi*», Siglo XXI de España ed., Madrid, 1976.

luchas ciudadanas por el control municipal entre «los oficios» y el patriciado, conflictos profesionales y de trabajo, «revueltas de la miseria», sublevaciones campesinas contra los abusos señoriales, protestas contra los impuestos excesivos.

Las ciudades se desarrollan en medio de grandes tensiones entre las nuevas y las viejas clases que luchan por su predominio o por mejorar su posición. La creciente desigualdad creada por el paralelo incremento de la riqueza de unos pocos y la pobreza de los más crea una auténtica fisura social en la ciudad y el campo. El endeudamiento se generaliza y amplía cada vez más.

La conflictiva situación así creada se agrava en el siglo XIV por la recesión económica, la superpoblación y la baja de los precios cerealeros, a lo que viene a añadirse la anarquía militar y política y la peste, dando por resultado la eclosión revolucionaria de los siglos XIV y XV, dirigida bien por la nueva burguesía en formación, bien por la heterogénea oposición plebeya y campesina.

Pero si no se quiere perder de vista lo esencial del milenarismo, debe añadirse al cuadro anterior la crucial anotación de Cohn: «Los Mesías suelen darse no entre los pobres y oprimidos de siempre, sino entre los pobres y oprimidos cuyo estilo de vida ha sido trastocado y han perdido luego la fe en sus valores tradicionales». La pobreza, la explotación, la dependencia opresiva y la servidumbre del campesinado medieval provocaron movimientos reformistas y revueltas breves y espasmódicas, pero nunca fueron suficientes para embarcarles en la busca del Milenio. La fuerza de la tradición, la estructura de linajes y la nece-

sidad de la protección señorial operaban como fuertes factores inhibitorios. Los movimientos milenaristas nacen como consecuencia de una transformación socio-económica que María Pereira (4) ha calificado como paso **de una estructura de linajes a una estructura de clases**: «La Europa medieval había tenido una organización social rural, de base familiar; las familias se situaban en dos niveles diferentes —señores y pueblo—, niveles que se encontraban también entre el clero, dividido en alto y bajo clero. La tradición había establecido modelos de comportamiento para esos dos niveles diferentes, que la religión sancionaban; la necesidad que tenían unos de otros reforzaba la solidaridad entre los individuos de los diversos rangos sociales, solidaridad interior en el dominio feudal y que aún se hacía más vigorosa por el hecho de que la economía estaba también encerrada en los mismos límites. De arriba abajo de la estratificación social, el **sistema de las 'familias ampliadas'** (grupo constituido por varias familias restringidas o conyugales que viven bajo el mismo techo o muy próximas unas a otras; también grupo formado por una familia - núcleo dominante sobre varias familias - clientes) agrupadas en **linajes** (grupo de parentesco cuyos individuos se consideran descendientes unilineales de un antepasado común) era el predominante. La familia ampliada del señor abarcaba a los siervos y sus familias; sus relaciones recíprocas se organizaban en términos paternalistas, con deberes y derechos establecidos y limitados por la tradición y la religión, y sin que hubiese aparecido aún la

(4) *María Isaura Pereira de Queiroz: «Historia y etnología de los movimientos mesiánicos», Siglo XXI, ed., 1969.*

posterior explotación abusiva del siervo. Familia y linaje **suministran el marco** de referencia indispensable para que uno pueda reconocer su lugar en la sociedad». El desarrollo industrial provoca la disgregación de ese sistema, sustituye esa división vertical por una estratificación horizontal en virtud de la riqueza, en la que son las relaciones de producción y no las familiares las que asignan el lugar en la sociedad. Entre la multitud de capas sociales nuevas que esa transformación crea hay algunas que alcanzan estabilidad en el nuevo sistema (burgueses, artesanos de algunos oficios e incluso asalariados del campo y la ciudad, y sólo buscarán la mejora de su condición, pero junto a ellas surge en las ciudades un heterogéneo conglomerado de **«marginados»** que agrupa a mendigos, mercenarios ocasionales, bandoleros, parados, criados y sirvientes, jornaleros y obreros eventuales, artesanos sin trabajo en virtud de las fluctuaciones del mercado; es decir, todo el excedente de población no absorbido por la industria de modo estable. Es esta población inquieta y marginada que carece de lugar en la nueva sociedad y cuyas viejas estructuras se han desintegrado la que se muestra especialmente receptiva al Mito Social del Milenio; mientras burgueses, artesanos, trabajadores estables y campesinos buscan con sus luchas sociales mejorar su situación, pero manteniendo ésta y sin atentar las bases del sistema, los marginados que carecen de condición fija no tienen nada que defender, carecen de lugar en la sociedad y se encuentran, por tanto, en favorable posición para aspirar a su destrucción y edificar sobre sus ruinas una sociedad enteramente nueva regida por el

más completo **igualitarismo** y comunismo. El Milenio es el sueño religioso de la plebe marginada, sueño que en ciertas ocasiones consigue hacer compartir a otros sectores sociales, arrastrándoles en la violenta empresa de su instauración y convirtiendo en virtud de ello en «revolucionario» un movimiento que en su mayoría sólo persigue moderadas reformas.

CONTRARREVOLUCION Y RESTAURACION

Sea de ello lo que fuere, de lo que no cabe la menor duda es de que no hace falta esperar a las revoluciones de nuestro tiempo para asistir a fenómenos como el «Thermidor», la «traición reformista» e incluso la «degeneración de la Revolución». Ya Engels (5) asimiló, sin duda abusivamente, lo ocurrido entre Lutero y Münzer en la guerra campesina, a lo sucedido entre burguesía y proletariado en la Revolución alemana de 1848. Sin embargo, con ser muchas las enseñanzas que tal acontecimiento encierra, son más interesantes y completas las que pueden extraerse de la revolución husita y del movimiento anabaptista triunfante en Münster.

Al quemar en la hoguera a Juan Hus por temor a las consecuencias sociales de la difusión popular de sus doctrinas, los Padres del Concilio de Constanza (1414) nos impidieron conocer cuál habría sido la postura del reformador checo en el conflicto que opuso a radicales taboritas y calicistas moderados durante la larga crisis husita (6).

(5) Federico Engels: «Las guerras campesinas en Alemania». Ed. Andes, Buenos Aires, 1970.

(6) Joseph Mecek: «La revolución husita», Siglo XXI ed., 1975.

Cierto es que algunas de sus teorías (su consideración de la simonía como herética, el rechazo del poder temporal de la Iglesia, la identificación del pecado con el mal desde una perspectiva de moral social, la privación de justificación a todo poder ejercido por quien se halle en pecado, etc.) tenían indudables implicaciones revolucionarias, algunas de las cuales él mismo extrajo en sus últimas obras, elaboradas camino del Concilio, al extender al poder secular y la sociedad en general los principios de su crítica a la Iglesia; sin embargo, algo parecido puede decirse de las doctrinas de Wycliff y sus lolardos (que tanto influyeron en Hus) y ello no impidió que se distanciaran y vituperaran la revolución campesina inglesa y las prédicas milenaristas de John Ball. En cualquier caso, no es Juan Hus el principal inspirador de los taboristas (en especial de su radical igualitarismo y comunismo), sino la herejía valdense inicialmente (con su total rechazo de dogmas, mitos, ritos e instituciones de la Iglesia), el milenarismo militante más tarde (que propugna la lucha armada para instaurar el Reino) y el anarco-comunismo admita del Libre Espíritu finalmente.

Las distintas fases de la revolución husita ilustran magníficamente lo que será una constante de todas las revoluciones posteriores: la depuración del ala más radical es el comienzo de un proceso de involuciones sucesivas que terminan en el triunfo de la más completa reacción, la moderación es siempre el inicio de la restauración. El «thermidor» taborita (eliminación de los adamitas radicales de Huska por los taboritas moderados de Zizka y Zeliv) es seguido por el «thermidor» pragués (asesinato de Zeliv por la

burguesía de Praga) y termina con la derrota taborita en Lipany ante los calicistas moderados que capitulan ante Roma, renunciando en la «Compactata de Praga» a sus más moderadas reivindicaciones. La revolución taborita termina en una Reforma aguada que encubre malamente el triunfo de la Iglesia Romana. Triunfo que se repite en el caso alemán a pesar de todas las apariencias, pues la Reforma luterana sólo consigue triunfar interiorizando y reproduciendo la «esencia» de la Iglesia Romana que inicialmente combatía: la institucionalización de una Iglesia (por más que reformada) como mediadora en las relaciones entre el hombre y Dios, la organización de un clero (que desvirtúa el propugnado sacerdocio universal) y la imposición de un dogma que anula el «libre examen». El punto crucial con el que comienza esta «marcha atrás» de Lutero y que marca su ruptura con la «Reforma radical» de Karlstadt y Münzer, es su postura ante el poder civil. Aunque sus opiniones sobre el derecho de resistencia al poder varían con los avatares políticos de la guerra de los caballeros y la sublevación campesina, Lutero siempre defiende (contra Karlstadt, polemizando sobre los derechos de soberanía, contra Münzer y su «mundanización» milenarista de la Biblia, contra el rechazo del bautismo de los niños) que el poder secular es de derecho divino y la libertad de conciencia e interpretación queda restringida al ámbito religioso y a la interioridad subjetiva: el mundo secular tiene su autonomía propia, debe ser respetado y sólo se le puede pedir que respete la autonomía de lo religioso; es decir, la posición paulina ante el Imperio Romano. Pero es curioso cómo la historia se repite y el itinerario

rio que llevó a la Iglesia de la reclamación de su autonomía a la proclamación de su predominio se reproduce en el caso de la Reforma: Zwinglio, y sobre todo Calvino, defienden el sometimiento de lo temporal a lo espiritual, inquisitorialmente plasmado en la teocracia ginebrina.

No obstante, quizá lo más patético de este enfrentamiento medieval Iglesia - Milenio, sea el triunfo de la Iglesia (es decir, del principio de institucionalización jerárquica, burocrática y estratificada) en el propio núcleo del campo revolucionario, en el centro del milenarismo más radical: en las montañas de Tabor, en la zona campesina dominada por el ejército taborita de Zizka, en la «Jerusalén celestial», implantada en Múnster por John de Leyden y sus anabaptistas.

Taboritas y anabaptistas protagonizaron las primeras revoluciones triunfantes de la historia. Ellos fueron los primeros que consiguieron implantar el Reino de Dios en la Tierra en una zona más o menos amplia, pero estable y por un período de tiempo más o menos amplio, pero suficiente como para dejar traslucir las

leyes de evolución de las sociedades milenaristas. Ya los movimientos mesiánicos que les precedieron habían adoptado una estructura organizativa que permitía deducir los rasgos de la nueva sociedad: el mundo igualitario, comunista y libre que la teoría prometía se plasmó en la práctica de los grupos destinados a implantarlo en una microsociedad estratificada (por una parte, la masa de fieles; por otra, la minoría de «apóstoles» y elegidos, prontamente dispuestos a adoptar todos los privilegios materiales posibles) dictatorialmente presidida por un Mesías todopoderoso que manipulaba el dogma a su antojo. Tanchelmo, los «ciompi», Cola di Rienzo no se resistieron a adoptar los símbolos de la sociedad que pretendían destruir y se proclamaron caballeros o adoptaron las vestiduras, títulos y honores de señores y obispos, estableciendo una jerarquía calcada de la odiada Iglesia.

Pero donde estas tendencias se consumaron fue entre taboritas y anabaptistas. La evolución interna del Tabor husita anuncia ya la «degeneración burocrática de la revolución»

o «la restauración del capitalismo»; la dictadura de Bockelson en Múnster prefigura el estalinismo. Es enormemente sintomático que la primera renuncia que en Tabor se da a la estructura anárquica y anti-jerárquica de la sociedad milenarista implantada obedezca a imperativos de eficacia en la organización del ejército revolucionario: los «adamitas» irreductibles fueron reducidos por Juan Zizka para poder organizar una armada disciplinada que hiciera frente eficazmente a las fuerzas de la reacción. Las victorias obtenidas por el caudillo taborita fueron aprovechadas por éste para ser armado caballero y reclamar homenaje incondicional y servil de sus tropas. A los imperativos de guerra siguieron los imperativos económicos: los campesinos que se habían visto inicialmente favorecidos por la abolición del señorío y la implantación del comunismo, cayeron pronto en una explotación por la «minoría escogida» que reclamaba sus «impuestos revolucionarios» con una dureza que en nada envidiaba la de los odiados nobles y burgueses.

Ambos procesos se repiten en Múnster, donde el Mesías Bockelson se proclama Rey, implanta su dictadura mediante el terror y expropia a la población de todos sus bienes en beneficio de su corte y de su ejército de fieles. En uno y otro caso, la «sociedad revolucionaria» camina a pasos agigantados hacia la degenerada caricatura de la Babilonia contra la que se sublevó. Las huestes del Anticristo se alzan al poder en el Reino de Dios. Sólo su fracaso permite que las masas anhelantes de salvación olviden la realidad del Milenio bajo su bella representación mítica. Hará falta su triunfo para que cunda el desencanto. ■ J. A.



«La escatología medieval se centra en el problema de la supresión de las huestes del Anticristo».